

EL MADRILEÑO,

SEMENARIO

DE LITERATURA, ARTES, CIENCIAS Y NOTICIAS.

REVISTA DE LA SEMANA.

ALBUM DE EL MADRILEÑO.

Sumario.

Cosas de la época—Un doncellote. Suceso desagradable—Los conciertos musicales—Teatros.



Así la semana, sin dejar ninguna huella notable de su tránsito en este paraiso perdido. Cuantos hechos hemos tenido ocasion de observar en ella, son natural consecuencia del tiempo. Todo sigue *in statu quo* desde la última revista. Los teatros sin ofrecernos nada nuevo. Los conciertos siendo el objeto principal de la época. La juventud alegre esperando con impaciencia los encantos y delicias de la primavera. Y la primavera, parece que se olvida de descender á nuestro suelo. La atmósfera continúa descargando sus furiosos aguaceros. Las calles, miradas á vista de pájaro, ofrecen un cuadro magnífico, con su lodo, su agua cenagosa, sus montones de arena, piedra y otros materiales de reparación. Y en medio de este lago indefinible, una encantadora *grissete* luciendo su satnada bota sobre las aguas, cual una sirena en la mar en calma, da la última pincelada al cuadro. Indudablemente se presta á una honita descripción. Nosotros, sin embargo, esperamos con ansiedad que el sol le haga en breve desaparecer. El crimen ha abandonado su estado de reposo. Si se habrá cansado, decíamos nosotros, de recorrer las calles de esta honorable villa envuelto en su fúnebre sudario? Cuando esto pensábamos, nos llegó la noticia de haberse cometido uno bastante horroroso por desgracia.

Un soldado dió muerte en la tarde del viernes á su oficial, atravesándole el pecho de una puñalada.

Los cabellos se herizan al reflexionar que este atrevido fantasma penetra hasta en los lugares en que todo obedece á una rigurosa disciplina: y cada cual se resigna con docilidad á los preceptos de sus superiores.

No queremos decir mas por hoy de este hecho lamentable, reservándonos el hablar de él, para cuando sepamos la decision del tribunal militar que ha de señalar el castigo al asesino.

En esta revista, podemos trascribir dos hechos, que por lo raros merecen la atencion de nuestros lectores.

El primero se refiere á un santo varon, que descontento acaso de pertenecer al sexo feo, ha querido esconderse entre los velos con que se cubre aquel que tiene la hermosura por carácter esencial.

Es el caso que una señora viuda, le habia admitido á su servicio en calidad de criada, y al parecer le tenia á su lado como tal.

Mas la casualidad maldita hizo que la señora, enferma, tuviera que llamar un médico, el que como buen fisonomista, conoció al momento á la *maritornes* de nuevo cuño.

Enterada la autoridad del suceso, se procedió al reconocimiento, y resultó que bajo las faldas se ocultaba un prójimo robusto como un tudesco.

Hé aquí un personaje mas misterioso que el *hombre de la máscara de hierro*.

¿Quién será capaz de descifrar este enigma, aunque se alambigue hasta el extremo la ley de las combinaciones?

A qué número tan crecido de interpretaciones se presta!

Y mas perteneciendo la señora engañada al género de las recatadas viudas!

Por de pronto la noticia ha alarmado á los pacientísimos maridos y á los cautelosos padres de familia. Y en verdad que el caso no es para menos.

Seria gracioso que tuviera que preceder reconocimiento facultativo á la admision de la sérvidumbre femenina.

En este caso recomendamos la observacion cuidadosa de la *nuez*, porque segun la *Correspondencia*, esta parte de la garganta fué la que principalmente hizo al médico reconocer al doncellote.

Otro hecho, demasiado singular, se ha verificado en el convento de Hermanas de la Caridad, de la calle de Jesus.

Segun tenemos entendido, una beata se arrojó á la calle, en un acceso de locura.

Por fortuna, aunque se descolgó desde una ventana demasiado elevada, no se hizo lesion alguna.

Ya en la calle, suplicaba encarecidamente que no la obligasen á volver al convento, porque allí le imponian ayuno cuando deseaba comer, y la presentaban comida cuando era de su agrado la abstinencia.

Como se ve estas y otras demostraciones con que dió á conocer el tédio que le inspiraba la reclusion, eran sólo efecto de su enagenacion mental.

De todos modos, conocido el trasorno de su razon, debiera haberse evitado un suceso que pudo tener consecuencias lamentables, alejando á la reclusa de un sitio en el que quizá se debilitara su inteligencia, entregada á melancólicas reflexiones.

Vamos á ocuparnos de varios conciertos musicales que han tenido lugar en la pasada semana.

El primero le dió la sociedad artístico-musical de Socorros mútuos, el dia 25 del presente, en el salon del Conservatorio.

No nos ocupamos de él en la pasada revista por falta de espacio.

La reunion fué brillantísima bajo todos conceptos.

Allí se encontraban nuestras primeras notabilidades en música y canto, así como los artistas principales del Teatro Real.

El salon estaba cuajado de una concurrencia tan selecta y elegante como numerosa.

También se veian en él las personas mas distinguidas por su posicion civil ó por su popularidad en la república de las letras.

Y en verdad que esta reunion era digna del entusiasmo general con que se ha recibido.

No ha sido solo el noble y filantrópico objeto de proteger á los desvalidos, de atender á las necesidades de esos hijos de la desgracia, que nacidos entre la orfandad y la miseria, llevan pendiente su triste vida de la caridad pública; no ha sido, repetimos, este el único objeto de la sociedad al anunciar el concierto.

Acompañaba á esta generosa intencion el ensayo de una idea, llevada ya á la realidad en casi todas las naciones cultas: la creacion de centros musicales.

Estos centros son ya de absoluta necesidad en el encumbramiento á que ha llegado el arte en la actualidad.

Los reclama este mismo arte, para la plenitud de su desarrollo, para alentar con los elogios y aplausos merecidos al génio encargado de encumbrarle, que aunque atrevido, encuentra con frecuencia obstáculos que solo la asociacion y el estímulo son capaces de vencer.

Los reclama también la sociedad ilustrada del dia que desea ver brotar la inspiracion de la mente de ciertos seres privilegiados, y admirar las creaciones sublimes de su imaginacion.

España hasta hoy carece de todo centro de asociacion artístico-musical, como no quieran llamarse tales los conciertos particulares, dados por via de diversion y recreo, y sostenidos por sujetos, que aunque poseen grandes disposiciones, no las desenvuelven, ya por falta del aplauso público que compruebe el talento, ya

por carecer de esa fuerza impulsiva que da aliento para no desmayar, en medio de la espinosa senda que conduce á la cúspide del arte.

Y en España poseemos tantas notabilidades en este género, como la nacion en que mas se nota su rápido y general progreso. En el último concierto hemos visto comprobada esta verdad. En éllas voces y la música, combinadas admirablemente, derramaban sobre nuestra alma torrentes de inspiracion; nos arrancaban emociones sublimes, y nos hacian aspirar el perfume divino de placeres desconocidos.

Sin embargo, diseminados nuestros primeros músicos y cantantes en todas las provincias, y lo que es mas, aislados y sin renimirse los de una misma poblacion, hacia falta que se formase un todo compacto y organizado, en que poder apreciar el valor y el mérito en conjunto.

Esta es la idea que se ha propuesto la Sociedad, y no dudamos en asegurar que no está largo el plazo que la separa de su realizacion.

En los conciertos que tendrán lugar posteriormente, no hay duda que la concurrencia será todavía mas numerosa, conocido ya su objeto y el éxito lisonjero que prometen.

No queremos citar personalidades, al manifestar el completo triunfo que obtuvieron cuantos tomaron parte en este primer concierto.

Baste decir que los unos en el canto, los otros en la música, todos se elevaron á una gran altura, habiéndose algunos escedido á cuantas esperanzas pudiéramos tener concebidas de sus colosales disposiciones.

El miércoles hubo un nuevo concierto en el mismo salon del Conservatorio.

El Sr. Perelli justificó en él cuantos elogios habia la prensa tribulado á su mérito.

Ante un numeroso concurso este hábil pianista principió á pulsar las teclas del instrumento, consiguiendo suspender á aquel con las armonías que hacia llegar hasta el alma, y conmover las fibras del corazon.

Contribuyeron al éxito felicísimo que ha obtenido al hacer su *debut* al público madrileño, madama Lagranje y otros artistas conocidos.

El Sr. Perelli es una notabilidad en la música; pero despues del vasto horizonte que ha abierto á nuestra esperanza el primer concierto del Conservatorio, descubrimos ya el alba del dia feliz en que nuestra patria se aproxime al desarrollo musical en Italia; pues casi siempre han corrido parejas en las creaciones del ingenio estas dos naciones eminentemente poéticas.

El miércoles se dió otro concierto en el mismo sitio.

Tomaron parte en él nuestras notabilidades en música y canto.

SS. M. M. se dignaron honrarlo con su asistencia, quedando del mismo modo que el resto de la concurrencia, altamente satisfechos del resultado.

En el Palacio Real se estan ya decorando los salones para el brillante concierto que en ellos se ha de verificar.

El jueves se representó en el régio coliseo la *Sonámbula*, á beneficio del Sr. Carrion.

El público le concedió repetidas veces, así como á madama Lagranje, nutridos y prolongados aplausos.

A principios del próximo mes nos abandonará el Sr. Carrion, para contratarse en uno de los teatros de ópera en Alemania.

Lo sentimos en el alma.

Vamos á hablar dos palabras sobre la zarzuela nueva y en un acto, *El juicio final*, representada el jueves en el teatro de Jovellanos.

Después de las obras que han pasado al vuelo por la escena de este coliseo, preciso es aplaudir á la que se detiene en ella, si quiera no sea por mucho tiempo, por aquello de que en la tierra de los ciegos.

El juicio final es un juguete divertido, que tiene algunos chistes agradables.

La música es regular, á pesar de que algunas de sus partes parecen el eco de otras que ya oímos en zarzuelas de más importancia que *El juicio final*.

De todos modos, esta zarzuela es agradable, como un gracioso juguete cómico que es cuanto se puede exigir de ella, atendido la poca latitud del asunto y sus modestas pretensiones.

En Variedades se representó por primera vez, el sábado, la comedia nueva *Dios sobre todo*, original del Sr. Larra.

Nos ocuparemos de ella en la próxima revista.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

SECCION CIENTIFICA.

ESTUDIOS MORALES Y POLITICOS.

VÍNCULOS DE FAMILIA.

La madre que vive en sus hijos y nietos tiene en la especie humana el privilegio de no sentir el dolor que causa envejecer.

Mad. Strey; la madre de familia.

Los lazos de consanguinidad se van reduciendo entre nosotros á una mera fórmula, á una grotesca ceremonia: no nos presentamos en casa del pariente mas que á felicitarle su cumpleaños, ó á asistir á su entierro: las familias se separan, se aíslan cada vez mas, y apenas se dan señales de existencia, impulsadas por esa fria indiferencia que todo lo invade ya y se apodera de todo.

La madre tiene el desconuelo de perder á sus hijos tan pronto como se facilitan un hogar nuevo y una familia nueva: todos sus afanes, toda su tarea, toda una vida de sacrificios eternos son recompensados por el olvido, por la ingratitude, por la negacion del cariño filial, última herida que arranca fibras sangrientas del bello corazón de una madre; y si á este cuadro desgarrador se añade la senectud que arruga su cara sin que los besos de los nietezuelos la presen su dulce calor, tendremos completo el ideal de su existencia de lágrimas, ideal despojado de luces, que vegeta como una planta estéril, cuyo germen depositó en una paramera el pico de una ave exótica, ideal funesto donde ese átomo de polvo organizado, cuya red de músculos,

nervios y fibras aprisionan un alma siempre sublime y siempre hermosa, se aproxima á confundirse con ese glóbulo de materia flotante en el vacío que llamamos tierra.

Abandonamos á la ancianidad; y nos molestan sus impertinencias, su grande avaricia, su grande locuacidad, sin comprender que al cabe de algunos decenios tenemos que ocupar su puesto, porque en la vida de la materia todo es prestado, todo es perecedero y la partidá de bautismo casi se confunde con la de defunción. Y en efecto; la senectud se nos hace intolerable, porque la aislamos, la relegamos, la olvidamos: se afana por conservar un puñado de oro porque sin él nadie le socorrería en su débil condicon; y en cuanto á esa especie de infancia á que retrocede como queremos despojar á su árida existencia del único encanto de la única delicia, que es la de alimentar su ánima con las dulces memorias del pasado?

Este ser sublime y miserable que llamamos hombre siempre tiene valor á nuestros ojos para hacernos el bien y contribuir á nuestra grandeza: exhumad esa triste osamenta de la vejez que ha depositado su carne en pedazos en los brazos del tiempo, ese panteon inmenso de nuestras civilizaciones muertas que nos trasmitieron su alma en un libro, exhumad ese esqueleto de hueso que vive de milagro, y encontrareis un espíritu inefable que tiene aromas divinos como el vuestro, que tiene sentimientos, cultos y adoraciones, que se eleva como nosotros de la nada al infinito. ¿Podeis desochar la excelencia de ese ser?

Preferimos rodear de extraños la cuna de nuestros hijos como si ellos pudieran llevar el vacío que dejan las sombras de sus abuelos, esos troncos marchitos que ya que no tienen savia ofrecen un resguardo á los retoños, esos venerables patriarcas que son la tradicion viva del pasado; fuente perenne cuyas gotas necesita nuestro corazón para identificarnos con la humanidad desde su origen, para seguir la en sus transformaciones hasta parar en el presente que nos detiene y al que todavía pedimos una induccion para lo porvenir.

Considerad qué prodigio, ese anciano que se aproxima al ocaso, que se acerca al límite de la materia, lejos de aparecer como un estóico, lejos de ostentar el ceño amargo de la esperiencia, el hastio de una vida que agovia y que paraliza los órganos conservando solo el privilegio de las repercusiones del pensamiento, esa ola sin límites que combate á la materia como el alma, que se degrada con la materia ó se engrandece con ella, lejos de abatirse con su martirio constante en columbrar la luz de las perfecciones indefinidas sin poderlas realizar por la petrificacion en los sentidos, ese anciano repelimos, se ha transformado en inocente niño, y tiene complacencia en habitar entre niños, en acompañarse de ellos, en participar de sus juegos y trasportes, en hablarles su idioma, en enseñarles el suyo, en saborear los raptos deliciosos que inspiran esas tiernas criaturas que conocen el secreto de la candida sonrisa de los ángeles. Todo esto prueba que lo último que vive en nuestro ser son los recuerdos de nuestro ser primitivo, y que la ancianidad y la infancia son dos hermanas queridas y que se atraen y se abrazan mutuamente, que

se comprenden y se aman, que se buscan y se recrean, porque en ambas edades la vida en la materia nos da apenas señales de existir, mientras las del alma se ofrece en la plenitud de su pureza.

Y en efecto seguid por un momento á su anciana, triste y meditabunda: llega á un hogar; sus ojos centellan de alegría: parece que se despoja de su viejo vestido á la puerta. ¿Quién le ha transformado? Oid, oid las risas de los pequeñuelos que acuden en tropel á posarse en sus rodillas. ¡Con qué paciencia resiste sus múltiples impertinencias: este le pide un juguete, aquel un cuento: con todos se identifica, á todos atiende y á todos satisface: mece al que está en la cuna, compone los vestidos á los demás: inventa juegos y recreos: narra historias y consejos que suspenden su alma unciendo, que la cautiva, que la estasia: no hay duda es una segunda madre, con su dulce voz, con su propia mansedumbre con su propia ternura: es la imagen del penado que derrama sus glorias sobre nuestra cuna para contribuir á nuestro bien y á nuestra grandeza.

La magestuosa figura del anciano abuelo presta un resalte tan solemne al grandioso lienzo de la familia que es imposible reemplazarlo por la de ningun extraño convenientemente.—Y que mayor alborozo para el hogar que el de cobijar el árbol completo de su generacion íntegra sin aditamento de otra especie? Pensais que los renuevos no necesitan en su tronco carcomido que sirve de base y de fundamento?—Pues separad las capas de esa corteza arrugada, traspasad en liberbhelado y en el fondo encontrareis todavía la albura cuyos riquísimos filamentos exprimen gotas en savia.

Se continuará.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

UNA LECCION INFANTIL.

—Toma este pajarillo,
Angel del cielo,
Hijo de mis entrañas,
Blanco lucero:
Que lo he cojido
Para que tu jugaras,
Allá en su nido.

Tiene rojizas plumas
En la cabeza,
Pintaditas las alas,
Y apenas vuela.
Ten con cuidado:
No lo aprietes, mi vida,
Que es delicado.

—Ay! madre cómo tiemblo,
Que yo lo siento.
—Tendra miedo sin duda
De verse preso.
—¡Animalito!
No te voy á hacer daño,
No, pobrecito.

¿Dónde estaba su nido?
—En la enramada.
¿Y cómo lo encontraste?
—Porque pisaba...
—Ya, lo sentiste,
Y fuiste de puntillas

Y lo cojiste.

Eso fué, vida mia.
—Y vienes luego
Corriendo á regalarme
Tu prisionero?
—Sí, pajarillo;
Y qué me das tú en cambio
Del pajarillo?

—Te haré muchas caricias,
Querida madre,
Y te daré mil besos;
¿Tendrás bastante?
—Sí, criatura.
Que tus tiernos halagos
son mi ventura.

—Pues bueno, toma un beso,
Dos, tres y cuatro;
Ahora un abrazo toma
Muy apretado.
—Luz de mis ojos,
Déjame que yo bese
Tus labios rojos.

—Ahora mamá, si quieres,
Con tu licencia,
Me iré á jugar un rato
Por la pradera.

—¿Serás juicioso?
—Sí, madremita mia.
—Pues anda, hermoso;

Pero no tardes mucho.
—Te lo prometo.
—Mira que cuando tardas
Estoy con miedo.
—Seré obediente.
—No corras ni te acerques
Junto á la fuente.

—Es que me gusta, madre,
Ver en las aguas,
El azulado cielo
Que se retrata.
Y ver las rosas
Que de la fuente al margen
Crecen hermosas.

Muchas veces he visto
De ellas delante;
Sois casi tan bonitas
Como mi madre.
Son peregrinas,
Pero ayer me pincharon
Con sus espinas.

—¡Ay! qué picaras flores.
—No madre amada,
Porque yo de sus tallos
Quise arrancárlas.
Mi audacia vieron,
Y alivias de mi mano
Se defendieron.

—¿Y para qué, atrevido,
fuiste á cortarlas?
—¡Hijo del alma!
—Para ofrecerte un ramo.
¿Conqué yo he sido
La causa de que hayan
Tu mano herido?

—Tú no tienes la culpa,
Que eres muy buena;
¿Me voy á jugar, madre?
—Ve donde quieras;
Mas no seas loco.
—Seré muy razonable
Y estaré poco.

—Esperate, mi vida,
Tomá esta hebra
Y amárralo á una pata
Del gilguerillo,
No te se escape.
—Ay! madre, madre, el gato:
Echalo... Zape.

—Ya está sujeto, niño,
Toma la hebra.
—Ahora los dos juntitos
A la pradera.
—Vamos gilguero:
Quédate con Dios, madre.
—Adios, lucero.

Y cual mariposilla
De blancas alas,
Cruzó el hermoso niño
Por la enramada.
Llevando ufano
Su volátil cautivo
En una mano.

Junto al nudoso tronco
De un verde olivo
Sobre la blanda yerba.
Sentóse el niño.
Y con esmero
Sujetando la hebra
Soltó el gilguero.

Una torcaz paloma
De azules alas
Con amoroso arrullo
Dulce esclamaba:
—Ave canora,
Vuela y busca á tu madre,
Que por tí llora

—¿Y porqué tiene pena?
Preguntó el niño.
—Porque tú le arrebatas
Su tierno hijo.
Tú estás jugando,
Y á ella de sentimiento
La estás matando.

—Qué dolor! ¡pobre ave!
Porque no muera,
Dejo al pájaro libre.
—Bendito seas.
Mira, al instante
A recibirlo viene
Su madre amante.

Ambos con regocijo
Baten las alas,
Y con su burbuco pico.
Te dan las gracias.
—¿Y qué mas dicen?
—Que eres del cielo un ángel
Y te bendicen.

Por el rostro del niño
Como el sol bello,
Dos lágrimas de gozo.
Rodar se vieron.
Alzóse ufano,
Y al gilguerillo dijo:
Adios hermano.

La aligera familia
Levantó el vuelo,
Y el muchacho á su casa
Tornó contento.
Y en su alegría,
Ya no traigo gilguero
Madre, decía.

La cariñosa madre
Le abrió sus brazos
Y risueña le dijo:
Si se ha escapado,
No tengas pena,
Que yo haré que te cojan
Una docena.

—No quiero que los toquen.
—Bien, hijo mio.
—Yo libre lo he dejado
Volver al nido.
—¿Por qué lo hiciste?
—Porque su pobre madre
Lloraba triste.

Una tierna paloma,
Preciosa ave,
Que de los gilguerillos
Sabe el lenguaje,
Fue quien me dijo:

Que mataba á la madre
Robando al hijo.

—Y tú, luz de mis ojos,
Que eres tan bueno
Soltaste compasivo
Tu prisionero?
—¡Madre mía
¿Y cómo no soltarlo
Si ella moría?

Que dolor fuera el tuyo
Madre del alma,
Si de tu amante seno
Me arrebatara?
—Sella tu boca,
Calla, que de pensarlo
Me vuelvo loca.

—Pues juzga lo que ella
Habrá sufrido,
Cuando tú le quitaste
Su dulce hijo,
Y en su amargura
Triste se querellaba
En la espesura.

No dudas lo que digo,
También las aves
Quieren, sufren y lloran.
Porque son madres,
Y no consiento
Que por mí se les cause
Tal sentimiento.

—Hijo de mis entrañas,
Mi bien, mi gloria,
No te alejes que pienso
Que te me roban.
Niño querido,
Son tus palabras dardos
Que me han herido.

Vuelve á mis brazos; vuelve
Blanca azucena,
Quiero besar mil veces
Tu frente tersa.
—¡Ay! mi tesoro,
Tú no sabes, mi vida,
Cuanto te adoro.

Cual fuera mi quebranto
Si mano impía,
De tí me separarase,
Flor peregrina
—Crudo tormento
Diste á la pobre ave
—Yo me arrepiento.

Y en los maternos brazos
El bello niño
Cerró sus lindos ojos:
Quedó dormido.
Y con empeño
Vela atenta la madre
Su dulce sueño.

De los ángeles reina,
Del hombre asilo,
Santa Virgen María,
Guarda á mi hijo.
—¡Ay! yo muriera
Si de tí me apartasen:
¡Dios no lo quiera!

Con tu acción generosa,
Niño hechicero,
He sentido en el alma
Remordimiento.
Hijo querido,
Nunca tu lección sabía
Daré al olvido.

ANA M. FRANCO.
Almería.

LAS OFRENDAS DE UNA MADRE.

LEYENDA VASCONGADA.

Segunda parte.

(Continuación.)

III.

Preciso es dar algunos detalles á nuestros lectores de lo que ocurrió en Africa al soldado.

Antonio incorporado á los tercios vascos, y á las órdenes de su tío, se embarcó para Africa con la pequeña división mandada por el general Latorre.

Hasta la batalla del 4 de Febrero los tercios vascos apenas habían entrado en acción, y se habían concretado á seguir las operaciones dispuestas por el general en jefe.

Llegó ese día de eterna memoria para el heroísmo español, que se vió dignamente representado por nuestros hermanos victoriosos.

El ejército, impaciente por decidir de una vez las contiendas, parecía que anhelaba aquel trance supremo en que se había de resolver el problema de un modo definitivo.

La dilatada serie de padecimientos que los soldados habían sufrido en los campamentos de Sierra-Bullones, el frenesí encarnizado de los marroqueses que defendían su terreno palmo á palmo, inspirados de un furor salvaje, y sobre todo el entusiasmo que ardía en el corazón de nuestros hermanos para triunfar

de aquellas hordas feroces y sanguinarias, que representaban la idea de la barbarie en lucha abierta con la civilización, habían llegado á enardecer de tal modo el corazón de nuestros valientes, que se alegraban de antemano de poder empeñar una lucha formal para concluir de una vez aquellas falanges de salteadores, cuyo fanatismo desapiadado, no tenía límites, y cuya crueldad no era excesivamente perversa.

Aquellas razas altivas de Bereberes que un día cayeron sobre España como un azote exterminador, hollando bajo los cascos de sus negros corceles este galano suelo entreveído en sus delirios calenturientos, iban á recibir una lección providencial, señalada en el reloj de los tiempos por la mano eterna del que preside los destinos humanos.

¿Quién había de decir á los hijos de Islam, á los descendientes de Muza y Tarif, que la nación que ellos esclavizaron setecientos años traspasaría un día el Atlas para llevar mas adelante las glorias de esa epopeya que empezó á describir la espada de Pelayo en Auseba, y terminó Isabel I en Granada?

Pero en efecto, nuestros mayores nos dejaron abierta la gran página de la restauración en el siglo XVI para que los españoles del siglo XIX llevásemos á cabo una misión providencial, reservada para ellos en los destinos del Africa, de esa sultana impura, cuyo desgarrado manto apenas cubre sus miembros, despedazados por la putrefacción que la corroe.

Nuestros abuelos arrojaron de la patria aquellos rebaños de imbeciles que habían consumado en ella todo género de atrocidades profanaciones; la España del siglo XIX adhiriéndose á las protestas universales de Europa contra las ferocidades de un pueblo de piratas y bandoleros, continuaba aquella empresa, no llevada á término, para pasear triunfante la enseña del derecho por un país que á las puertas de la civilización yacía enclavado miserablemente en la roca de la barbarie, apegados á sus instintos abyectos y depravados á compas de los himnos de aplauso de unos parias infelices, de unos siervos degradados por la bárbara cadena del islamismo, y de sus brillantes estragos.

Las victorias de Anghera y de Guad-el-Jelá fueron como la base del obelisco de nuestra gloria; pero estos ligeros triunfos apenas sirvieron de otra cosa que de aliciente para empeñar el amor propio del soldado codicioso de laureles mas grandes.

En la guerra predomina ciertamente un fatalismo inexplicable que todo lo somete á su dominio; el soldado que se acostumbra á las derrotas pasa fácilmente del último grado de la desesperación al completo desmayo, á la siniestra desconfianza de sus empresas futuras; parece uno de esos enfermos que cansados de sufrimientos, columbran la muerte por todas partes y la esperan con indiferencia estoica. Por el contrario cuando ven con se acostumbran de tal modo á la victoria, que empeñan su amor propio de una manera ferventísima que se conaturaliza con la idea de hallar en todo próspera suerte; parece uno de esos muchachos retozones, que habiendo trepado con facilidad un árbol, se dirigen sonriendo á escalar una torre, persuadidos de que su estrella no les ha de precipitar jamás en los abismos.

Avanzando por las faldas de Sierra-Bullones, y sosteniendo de cuando en cuando esas pequeñas escaramuzas que acreditan la presencia de un enemigo próximo, mas fuerte y mas poderoso, llegaron á descubrir la llanura de Tetuan, circunvalada por las alturas erizadas de rocas de Sierra Bermeja, magníficamente esmaltada por los diáfanos raudales que la cortan en todas direcciones, ahullando sordamente en la inmensidad del Océano.

Nuestros valientes saludaban con un hurra delicioso las almenaras de la ciudad santa, de aquella virgen de albas vestiduras reclinatoria en un lecho diápreado, cuya corona manchada de cieno

por el hábito impuro de los hijos de Islam, había de ser ornamento de la frente del vencedor.

El campamento moruno se extendía por la llanura en dos mitades, formando una perspectiva encantadora: los dos hermanos del sultán Muley-el-Abbas y Amehí mandaban las fuerzas enemigas, que se habían concentrado totalmente en aquel punto, para empeñar allí una batalla formal, en la que nos llevarían indudablemente grandes ventajas, por la numerosa fuerza de caballería con que contaban.

Nuestros valientes, lejos de intimidarse por el número, se inflamaron de más poderoso ardor deseando despachar pronto, y en la mañana del 4 de febrero, el estampido del cañón, el eco guerrero de las músicas, el fuego de fusilería, y los gritos del entusiasmo anunciaron que la acción había principiado y que aquel día iba a decidirse por completo el triunfo de la causa de la patria. Sería imposible describir aquí todos los rasgos de heroísmo de nuestros hermanos; se necesitaría una epopeya para immortalizar esa brillante página que figurará eternamente en el libro de las glorias españolas: basta decir que la derrota de los Berberes se sucedió rápidamente entre los horrores de una pavorosa carnicería, y que la ciudad santa, la sultana oriental, mancillada por las prevaricaciones de sus hijos, rindió su frente vencida al león castellano.

La pelea fue espantosa: el furor de aquellos asvajes se había acrecentado por la rabia y por la desesperación; no daban cuartel a nadie; se desplegaban en hileras formidables por toda la campiña, y se reemplazaban en sus puestos con una celeridad tan asombrosa, que la acción estuvo cien veces indecisa.

Es verdad que aquel día presentaron tropas más disciplinadas que nunca.

Ya se ve el leopardo a medias andaba allí disfrazado vergonzosamente con un turbanete y un jaique.

(Se continuará).

LEANDRO ANGEL HERRERO.

LECTURAS CIENTÍFICO-INDUSTRIALES.

IV.

Maravilloso impulso que dieron a la industria las máquinas de vapor. — Donde se notó primero este impulso.

En el artículo anterior vimos como Watt supo, con su talento profundo, colobar el mecanismo de las máquinas de vapor en un grado tal de perfección, que poco en obsequio de esta dejaba que hacer a sus sucesores.

Murray, sin embargo, en 1801 aun creyó poder añadir algo a cuanto había hecho el gigante de la mecánica, no por instinto de pura innovación, sino para destruir imperfecciones palpables. Añadió a la máquina de doble efecto unos tirantes que ensambleaban en el émbolo por un extremo, y por el otro en el tronco de la rueda que comunicaba el movimiento de la máquina a todo el aparato, con el objeto de que la marcha de este fuese completamente uniforme y segura. Estos tirantes constituyeron una pieza, que se conoce con el nombre de *barras del escentífico*.

Terminada la máquina de vapor, fué trasladada al campo vasto que la industria estaba llamada a cultivar, y que permanecía vermo é inculto, por faltar a aquella fuerza y orden para verificar sus trabajos. La industria se hallaba en un estado de inacción lamentable, había llegado la época de su caducidad: débil, necesitaba un impulso enérgico que la animara; próxima a perecer, reclamaba una nueva forma de existencia. Y esta nueva forma de existencia, cuyo germen estaba encerrado en

el interior de la máquina de vapor, vino al mundo cuando esta aparecieron.

Ya lo hemos dicho una vez, y lo repetimos ahora nuevamente. Los talleres industriales que se conocían anteriores a las máquinas de vapor, ofrecían una perspectiva desgraciada al hombre que al pararse ante ellos, sintiera latir en su seno el sentimiento de la humanidad. Allí las máquinas, si tal podían llamarse unos aparatos tan torpes como mal construidos, se movían lentamente con el riesgo que vertían sobre ella los poros de un hombre, con el impulso obtenido a espensas de una vida; que se aniquilaba visiblemente en tan forzados trabajos. Y este ramo sostenido a un precio tan inmenso como es la vida del hombre, ofrecía unos resultados demasiado pobres é insuficientes por cierto, para llenar las grandes necesidades sociales. Los productos de la industria eran tan escasos, que especialmente ciertos artículos, apenas bastaban para satisfacer la comodidad de una clase, la menos numerosa de la sociedad.

Pero aparecieron las máquinas de vapor, y la industria renace; adquiere alas, cruza el espacio, domina el globo, y la vemos derramar por todas partes la riqueza, el lujo, la ostentación, el fausto, el engrandecimiento... ese admirable bienestar que en nuestro siglo ha llegado hasta las clases, meros acomodadas.

Alguno habrá quizá que conspirando, siempre contra el progreso, pretenda hallar en la gran variedad y número de ciertos productos industriales el germen de algunos males que se deploran en la actualidad. Por ejemplo, el lujo, que casi ha creado un imperio, una adoración, hace, dicen, que aquellos que se dejan fascinar por sus encantos, lleguen muchas veces a él por la senda resbaladiza del vicio; y hasta en alas pavorosas del crimen. Pero esto probará tan solo que aquel que sale del recinto en que la esfera de su deber le encierra, camina errante por espacios peligrosos y desconocidos, y cae por fin en la sima profunda del mal; mas nada dirá en contra de los progresos de la industria, que en vez de alterar el orden de la sociedad, da a cada clase los objetos necesarios para llenar su justa comodidad, decencia y bienestar.

Las máquinas de vapor, pues, desarrollaron de una manera sorprendente la industria, y la llevaron progresivamente a todos los pueblos de la tierra.

Probaremos aunque ligeramente, como en pocos años se hizo universal. Nació en la Gran Bretaña el reformador principal de estas máquinas, el que casi pudiera llamarse su inventor; era muy natural que en esta nación se hicieran con ellas los primeros ensayos. Conocido el resultado favorable de estos ensayos, Inglaterra era también la que debía aprovecharse primero de las ventajas inmensas concebidas al ver actuar las máquinas de vapor, porque este país es eminentemente industrial, es el centro primero de industria en el globo, y además se practicaban entonces trabajos que no podían acabarse sin el uso de estas producciones gigantescas de la mecánica. Se estaban abriendo las minas de Cornuailles, y era necesario para sacar el agua de ellas la fuerza de 30,000 caballos, ó sea 500000 hombres fuerza imposible de obtener sin el auxilio de las máquinas de vapor.

En Inglaterra se vieron los primeros talleres industriales que reconocían por móvil principal de sus trabajos la fuerza elástica del vapor: en Inglaterra también se empleó este impulso para llevar adelante las excavaciones subterráneas, en busca de los preciosos metales que labran directamente la riqueza nacional y hasta del mineral que servía de combustible a las nuevas máquinas que se ponían en acción.

En 1792 se sentaba por medio de un cálculo aproximado, que el trabajo líquido de las máquinas inglesas podía valorarse

Como equivalente al que pudieran concluir diez millones de hombres, sin otro instrumento que sus propios brazos. En el año 1827, un nuevo cálculo dió por resultado que equivalía dicho trabajo al de doscientos millones de hombres, y en 1835 se había duplicado esta última cifra.

Se averiguó también la velocidad de las máquinas de vapor, en los años consistentes con su invencion y en otros que siguieron á estos. En 1830 las brocas de dichas máquinas, que antes daban 3 vueltas por minuto, llegaron á dar 8000 en el mismo tiempo: tal era la rapidez que se había imprimido á sus movimientos.

En el mismo año existía en Manchester ya una fábrica, que tenía constantemente en acción 156,000 brocas, las cuales hilaban diariamente 174,428 madejas de algodón.

Y no solo las máquinas aumentaron en generalidad y rapidez, sino que los resultados obtenidos con su aplicacion, se llevaron en breve á una perfeccion asombrosa. En la fábrica de Feunymull se sacaba de una libra de algodón un hilo, cuya longitud era equivalente á 35 leguas lineales de Inglaterra.

El desarrollo industrial se notaba en todas las comarcas de la Gran Bretaña. Baste decir que se aprovechaba una fuerza de vapor equivalente á la que pudieran producir diez millones de caballos, ó sesenta millones de hombres. Sin embargo de la generalidad que se había dado en esta nacion á la industria, esta puede decirse que hallaba encarnada en algunas de sus provincias, en las que había llegado á su mayor apogeo. Solo el condado de Lancaster producía en 1831 tanto hilo como pueden hilar con la rueca 24 millones de mujeres.

Lo mismo pudiera decirse de otras muchas naciones, en donde las máquinas de vapor se emplearon en mayor ó menor número, segun su carácter mas ó menos industrial.

En el día las máquinas de vapor no solo se han generalizado en todas partes, en beneficio de la industria manufacturera, sino que se han aplicado á otra infinidad de ramos, abriendo por cada uno de ellos una ancha y llana vereda, por donde la sociedad fácilmente pueda caminar á su engrandecimiento.

En el artículo siguiente, haremos una descripción de las máquinas de vapor que actúan en un punto fijo, para tratar despues de aquellas que constituyen el impulso motor de nuestros trenes y buques de vapor.

GREGORIO HERRAINZ.

CRONICA NACIONAL Y ESTRANGERA.

La *Gaceta* publica la siguiente nota relativa á la expedicion de Méjico:

«El general conde de Reus, comandante en jefe del cuerpo expedicionario de Méjico, participa á este ministerio desde Veracruz, con fecha 20 de febrero próximo pasado, que habiéndose convenido entre los representantes de las naciones aliadas y el gobierno mejicano entrar en negociaciones para el arreglo de las reclamaciones pendientes, quedaba por de pronto suspendida toda operacion de guerra: que durante las negociaciones las fuerzas aliadas ocuparán las poblaciones de Córdoba, Orizaba y Tehuacan, de abundantes recursos y conveniente situacion

para la mayor comodidad y la conservacion de la salud de la tropa; pero que entre tanto, á pesar del giro pacífico de la cuestion, continúan acopiándose viveres y trasportes por si rotas las negociaciones, llegará el caso de emprenderse las hostilidades.

—Las noticias recibidas de Méjico anuncian que una corbeta de la expedicion naval francesa se apoderó, despues de algunas horas de bombardeo, del fuerte Carlos en la bahía de Acapulco, uno de los puestos de mejores condiciones del Nuevo Mundo.

El Gobernador de los Estados federales del Norte de América, parece que se halla decidido á intervenir en la cuestion de Méjico.

M. Lincoln trata de disculpar este acto de su política, pretestando que, segun sus noticias, la llegada á Méjico de las tropas españolas ha provocado un movimiento de anexion á España, en las Republicas del Sur de América que en otro tiempo fueron patrimonio de la nacion española.

El jefe del Gobierno unionista cree que estas tendencias perjudican á los intereses de los Estados- Unidos, encargado de velar por la independencia de América, y el sostenimiento de la forma republicana en aquel Continente.

La noticia de Santo Domingo alcanzan al 20 de febrero. Segun llevándose á cabo mejoras en todos sentidos, y en las oficinas del gobierno se trabajaba para regularizar la marcha de los asuntos, que eran muy numerosos. El señor comisario régio, superintendente delegado de Hacienda, había organizado interinamente y hasta la definitiva resolucion de S. M. las administraciones marítima y terrestre. La parte española de la isla se dividirá en siete distritos y se establecerán en ellas cuatro administraciones de rentas unidas y tres puramente terrestres: las primeras habilitadas para todo comercio de importacion y esportacion para guiar los productos nacionales, extranjeros y del país á los puertos habilitados y para el servicio de los ramos terrestres: las segundas para esta última renta solamente. Serán administraciones de primera clase de rentas marítimas y terrestres Santo Domingo y Puerto-Plata, y de segunda Azua y Samaná.—Serán administraciones puramente terrestres las de Santiago de los Caballeros, Concepcion de la Vega y Seibo. Dependerán de la general de Santo Domingo.

La *América* publica una carta de Venezuela en que se anuncia el asesinato de tres españoles. Hé aqui los términos en que da cuenta de estos atentados:

«Uno de ellos, dice, fué cometido el 18 de diciembre en la persona del laborioso é inofensivo canario D. Alonso Rivero, en el sitio de Taico, á ocho leguas de Caracas. ¡Lo inmolaron maniatado, á machetazos, y quedó insepulto! No se ha podido averiguar si fueron federales ó paezistas los autores de este crimen nefando. El sacrificio se hizo en un padre de familia: ¡dejo seis hijos niños, y su esposa!

«Otro en un honradísimo español, D. Salvador Casaballo, sacrificado en la parroquia de San Casimiro, de los valles de Aragua, el 23 de diciembre, por fuerzas dependientes del an-

tigo general federalista Medina, que hoy reconozca al gobierno de Paez y Paez le reconozca á él.

«Otro, en fin, en D. José Ruiz Ayala, peninsular, cruelmente asesinado en la villa de Cura; en la tarde del 21 de enero próximo pasado, por una fuerza organizada que daba vitores al gobierno de Paez; ¡Murió también á machetazos, y dejó tres hijos paquitos y su señora! ¡Era hombre de bien é inofensivo.»

—El conde Carnarvon recordó en la Cámara de los lores los tratados concernientes á Polonia y su incesante violación; retrató en términos severos la conducta de las autoridades rusas, y demostró esperanzas de que el Czar restablecerá los derechos usurpados, lo cual apaciguará la Polonia y dará satisfacción al interés europeo. El conde Russell participa de las mismas esperanzas, y cree que el Czar seguirá la opinión del marqués Wispolski, obtenido el concurso de los rusos que quieren que Polonia sea libre para llegar á serlo ellos á su vez. Dice que los funcionarios rusos han obrado precipitadamente y sin moderación.»

La nobleza de Rusia acaba de dar un gran paso hácia la reconciliación con el pueblo. Lo que ahora pide, es nada menos que la abolición de todos los privilegios, la igualdad de todos los impuestos y la ley, y la *representación constitucional de todo el pueblo sin distinción de clases ni estados.*

—Continúan en Roma las prisiones y visitas domiciliarias. Salen de allá muchos reaccionarios que toman el camino de Tívoli. Se habla de modificación ministerial, se dice que Torreausa ha reusado la cartera de Negocios extranjeros, y se añade que el general Lamármora será encargado de la presidencia, con Negocios extranjeros. En Milán están reunidos Garibaldi, Kanschubt, Tour y Klapka, siendo la voz pública que tratan de la ocupación de Hungría y de Croacia. Garibaldi ha dicho que desea la alianza entre Italia y Francia pero no la preponderancia de esta última nación.

La *Monarquía Nacional* anuncia que el ministro de Negocios extranjeros ha dirigido á los agentes diplomáticos italianos una circular explicando la política que se propone seguir el Gabinete. El documento trata en particular tres puntos: 1.º El reconocimiento del reino de Italia, y su papel en el concierto europeo. 2.º La cuestión romana. 3.º La cuestión veneciana. La circular pone en evidencia los títulos que tiene Italia á ser reconocida por todas las Potencias; afirma el derecho de Italia con respecto á Roma, que debe seguir siendo la residencia del Papa, y al mismo tiempo el centro del Gobierno italiano: establece, en fin, que una solución de la cuestión veneciana conforme con los deseos de Italia es una necesidad de orden político europeo, visto que el estado actual de las cosas constituye un peligro continuo para la paz general.

Se confirma la fusión del ejército meridional en el regular.

JUICIO CRÍTICO

DE LA LEYENDA TITULADA MARIA.

ORIGINAL DE D. MANUEL FERNANDEZ.

Para que una leyenda agrade es indispensable que reúna las tres cualidades siguientes: verdad histórica, identidad en los tiempos del país en el cual se localiza y sobre todo, propiedad en el lenguaje é interés, en el argumento.

En la del Sr. Bermudez, hemos visto reunidas esas tres bellezas con la particularidad que siendo hijo de Madrid supo identificar de tal manera las costumbres de Galicia, que consiguió retratar exactamente la dulzura y el carácter gallego.

El venerable sacerdote D. Pablo siempre dispuesto á verter de su boca saludables consejos; la resignación de María, pobre, huérfana, deshonrada y sola en el desierto de la vida, el cariño y la bondad de doña Vicenta, con el diabólico génio de doña Saturnina, la avaricia de su esposo y el carácter alegre de los dos sargentos, forman un contraste bellissimo, que además de mantener el interés siempre creciente, presenta á los ojos de la sociedad un ejemplo digno de llamar la atención de esa clase de gentes que ven á una pobre mujer deshonrada y en vez de apartarla del sendero de oprobio que un infame la ha trazado, ayudan á sepultarla en el fango de la ignominia.

Y sus padres y hermanos son los primeros á despreciarla! pensando debían tenderla una mano cariñosa! Entonces la pobre víctima sola, abandonada, acepta el amargo pan de la prostitución y muere desesperada. Si por el contrario encuentra un hombre como don Pablo que la proteja y ayude con sus consuelos á soportar su deshonra, esa mujer puede volver al seno de la sociedad radiante de hermosura, con la frente erguida, y tal vez el mismo que la deshonró tornaría á sus piés arrepentido, lo que no sucedería nunca si la viese confundida entre los pobres víctimas de la sociedad moderna.

En fin, la leyenda «María» es la mas hermosa flor que resalta en la corona literaria del señor Fernandez.

El porvenir que le sorrie debe ahagarle para proseguir en su carrera, y si es cierto que no se llega á la celebridad por un camino sembrado de flores, en cambio ve el poeta recompensado todos sus padecimientos con un solo día de gloria.

EDUARDO ROIG.

Hemos visto la novela que con el título de *La Estrella de Villalar*, ha publicado recientemente el conocido literato don Eleuterio Llofria. Fúndase la acción de esta leyenda en la continuación y término desgraciado de las Comunidades de Castilla despues de la sangrienta rota y feroz ejecución de Padilla, Brabo y Maldonado, en el campo y plaza de Villalar.

Aunque ya el asunto es de suyo interesante, hácenlo mas en la novela de que hablamos, los singulares episodios que brillan por la sencillez y la ternura, más que por la vehemencia de las pasiones, y lo terrible de los acontecimientos. El lenguaje de la novela es á veces popular sin chocarrería, y en otras entonado sin pedantismo.

Creemos que *La estrella de Villalar* agrada á cuantos la lean.

Propietario y editor responsable, — D. José Morales y Rodríguez.

Imprenta de D. José Morales y Rodríguez, Caballero de Gracia, 15, bajo.